

cido por sus esfuerzos, se calma, se detiene, y Gota de agua y sus hermanas victoriosas, filtrándose al través de los escombros, forman un arroyo, que va á esplayarse en el rio.

Este rio recorria una provincia fertilizándola, y despues iba á perderse en otro rio mucho mayor, que llevaba la riqueza á una vasta estension de pais, dando vida á su comercio.

Allí empezó Gota de agua una vida nueva y activa, y por lo mismo mas dichosa: ora costeano por riberas floridas, refrescaba sus productos y embellecia su aspecto; ora conducia los barcos que el hombre confiaba al líquido elemento, y desempeñaba otros mil trabajos útiles; y era feliz con esta tarea, porque la esperiencia la habia enseñado. En fin, despues de una larga carrera, llegó al mar, donde pudo convencerse de la sabiduría de las palabras del Genio. En medio de aquel espacio inmenso, ya no tenia enemigos que temer; ni el fuego podia alcanzarla, ni el invierno entumecerla; y si alguna vez los vientos osaban luchar con ella y sus compañeras, eran unos juegos en que siempre salian victoriosas.

Gota de agua era tanto mas dichosa, cuanto que habia conocido la adversidad, y no cesaba de decir al Genio con gratitud: Señor, yo te doy gracias porque has sido indulgente conmigo; yo te pido que seas tan bueno con todos los imprudentes que quieran dirigir su destino como yo.

EL DOMINGO DE PASCUA.

YA sabeis, hijos míos, que la Pascua es la fiesta mas grande del año: voy á contaros en breves palabras su origen y su historia.

Los hebreos, despues de haber sido largo tiempo esclavos en Egipto, salieron de allí por orden de Dios, conducidos por Moisés. Costóles mucho trabajo, porque habian hecho grandes servicios á Faraon, y aquel rey avaro no los dejaba partir; pero Dios, que es mas poderoso que los reyes, hizo muchos milagros para castigarle de su maldad, y á pesar de él, libró á su pueblo de la servidumbre.

Como los hebreos eran muy ingratos, y olvidaban pronto los beneficios, el Señor ordenó á Moisés celebrase una fiesta que les recordase el dia de su libertad. Esta fiesta fué llamada de *Pascua*, (es decir, paso) porque habian pasado el mar Rojo á pié enjuto.

Aquel dia se mataba un cordero en todas las casas; y le comian con lechugas silvestres, en pié, con un baston en la mano y como si estuvie-

ran de viaje. Cuando los niños admirados preguntaban la causa de aquellas ceremonias, sus padres se la esplicaban, y así se conservaba el recuerdo de la libertad milagrosa de todas las familias.

El cordero pascual representaba al que sus padres habian comido en otro tiempo antes de salir de Egipto; pero tambien figuraba otra cosa, hijos míos; el verdadero cordero es Jesucristo, muerto inocente en la Cruz para abrirnos el cielo, y librarnos de la esclavitud del pecado. La Pascua nos recuerda á nosotros la resurreccion de nuestro Salvador, cuando pasando de la muerte á la vida, salió glorioso del sepulcro.

Por eso la Iglesia, despues de cuarenta dias de ayunos y oraciones, hace oír de repente los mas alegres cánticos. La Semana Santa está consagrada á los dolores de la Pasion; y cuando ayer no habia mas que desolacion y tristeza, hoy los fieles se unen para celebrar el triunfo de su divino Redentor, repitiendo con los ángeles: *Aleluya*, que es una palabra hebrea, la cual significa: alabar y dar gracias al Señor.

Antiguamente, los ocho dias que siguen al domingo de Pascua, eran otros tantos dias de fiesta: en ellos los cristianos recién convertidos daban gracias á Dios por su bautismo; estaban vestidos de blanco, y tenian un cirio en la mano. En memoria de esta antigua costumbre, los cantores no llevan capas en las vísperas ni en la procesion.

En fin, mis queridos niños, ya habreis notado que en medio del coro hay un cirio muy grueso, el cual permanece hasta la Pascua de Pentecostés, y que se conduce por la tarde al frente de la procesion: es la imagen de la nube luminosa que guiaba á los hebreos extraviados en el desierto, ó mas bien, es la del mismo Jesucristo, el hombre Dios, triunfante de la muerte, quien debe servirnos de modelo y de guia en nuestros pasos por el camino de la virtud, alumbrándonos, cual una antorcha divina.

¡Que los dias de la Pascua sean para vosotros de fiesta y de alegría, mis jóvenes amigos! Amad y adorad con todo vuestro corazon á este Dios hecho hombre que os ha amado tanto á vosotros: sed dóciles á la voz de Jesus, que os llama diciendo siempre estas dulces palabras

“Dejad venir á mí á los niños.”

EL NIÑO MARTIR.

I.

EN medio del mas bello bosque de la Francia, en ese valle umbroso, que domina magestuosamente el palacio de Fontainebleau, se ve un grande obelisco cuya blancura apenas ha opacado una leve tinta de antigüedad. Algunas rocas pintorescas, tapizadas de sombría verdura, le rodean á poca distancia, y unos abedules todavía tiernos y con delgados troncos inclinan sus ramas flexibles como las del sauz, pareciendo llorar sobre este sencillo monumento. Acercaos un poco, y podreis descubrir aun sobre esa piedra las señales de muchos nombres reverenciados y de algunas fechas históricas, que ha procurado borrar con un hierro estúpido la mano de los hombres.

El obelisco de Fontainebleau habia sido construido para conmemorar las diversas épocas dichosas de un reinado, que despues no fué en su marcha sino una sucesion de infortunios; y estas fechas mal raspadas que distinguireis en las cuatro fases del monumento, son las de un matrimonio augusto, y de tres nacimientos reales.

Hé aquí los nombres: María Antonieta de Austria; Luis José, delfin de Francia; María Teresa de Francia, y Luis Carlos, duque de Normandía.

María Antonieta siguió al cadalso á su esposo el desventurado Luis XVI: Luis José murió antes de presenciar las catástrofes de su familia: María Teresa es hoy la señora duquesa de Angulema, de quien todo el mundo sabe, que ni el dolor de sus recuerdos, ni la tristeza del destierro, le impiden hacer conocer á cuantos se le acercan los tesoros de su piedad inagotable. El duque de Normandía vino á ser delfin de Francia por la muerte de su hermano, y el martirio de este ilustre y desgraciado niño, es lo que voy á referiros para que le tributeis vuestras lágrimas y tengais ocasion de conocer en este ejemplo memorable que la suerte de los hijos de los reyes no es frecuentemente mas envidiable que la de los reyes mismos.

¡Cuántas fiestas, cuántas pompas, rodearon la régia cuna del segundo hijo de Luis XVI y de María Antonieta! La débil salud del primer delfin habia inspirado las mas vivas inquietudes, así es que pareció una señal de la predileccion divina hácia la Francia el nacimiento del duque de Normandía. Llegando á ser delfin, fué asimismo el objeto de los mayores cuidados y de los mas grandes respetos; cuidados y respetos que él

BIBLIOTECA DEL ESPECTADOR DE MEXICO.
El niño martir.



Rafael y Vilá, editores.

Litof. de Decaen.

Quiero yo mismo hacer que crezcan estas flores.

sabia reconocer con una gracia tan inocente y encantadora que lo hacia mucho mas amable y querido. Algunas veces cuando se le mostraba al pueblo, le enviaba besos con su tierna manecita, para corresponder á sus aclamaciones.—“ ¡Oh mamá! le decia en una ocasion á la reina que ya comenzaba á temblar viendo las nubes amontonarse al rededor del solio, oh mamá-reina! qué bueno es ser como yo querido de todo el mundo! cada vez que me ven los franceses, se diria que quieren todos abrazarme.—Acaso para ahogarte, se dijo á sí misma María Antonieta, dejando escapar un suspiro involuntario.—¿Suspiras, mamá? replicó el tierno príncipe, ¿acaso no somos muy dichosos?” Llegando el rey en este momento, y habiendo oido la inocente pregunta:—Sí! sí! somos muy dichosos, dijo con la mas ingénuu expansion de su alma. ¡Y cómo no serlo con un pueblo tan bueno!

La multitud no oia esta conversacion que se tenia detras de una de las largas ventanas de la galeria de Versalles que daba sobre el terraplen del parque; pero buscaba con sus miradas al jóven príncipe, que la veia sin ser visto, oculto por la gruesa pilastra del medio de la ventana. “Ved, papá-rey, cómo me buscan, dijo el niño á su padre.”—La pobre reina, adivinando el pensamiento de su esposo, tomó ella misma á su hijo en sus brazos para satisfacer la curiosidad del pueblo, y abriendo los cristales de la ventana lo mostró á los ojos de todos con una espresion de ternura maternal que arrancó lágrimas de muchos de los espectadores.

Cerca del magnífico parque de Versalles, obra del gran rey Luis XIV, existe otro parque pequeño que no está separado de aquel sino por una reja y por un prado risueño cubierto de menudo césped. La reina María Antonieta tenia aficion á este parquecito y al palacio llamado Trianon, que tiene un aspecto tan lindo como una cajita de guardar dulces. Allí, en medio de una docena de queseras que ella habia hecho construir segun el estilo de la Suiza, bajo aquellas deliciosas arboledas, á donde iba á descansar del fatigoso ceremonial de la corte, era donde iba la reina á distribuir secretamente sus beneficios para aliviar los infortunios de la miseria, cuya débil voz no podia llegar hasta los suntuosos salones del palacio de Versalles, en los que tenia que sujetarse María Antonieta á las imperiosas exigencias de su rango. Pero en el pequeño Trianon, tanto el rey como la reina recibian á todos y salian ademas misteriosamente para llevar sus socorros á los desgraciados de aquellos contornos. Cada uno tenia sus pobres, lo mismo que la virtuosa Madama Isabel, hermana del rey; y por último, habia en el Trianon dos preciosos niños que tenian igualmente los suyos, á quienes iban á visitar y á socorrer en secreto. Estos dos niños, como ya lo habreis adivinado, se llaman María Teresa y el delfin Luis Cárlos. Aun todavía se ve en el camino de Versalles á

Marly, una casita á donde iban frecuentemente el hermano y la hermana. Tan pequeña como era entonces María Teresa, les llevaba á los niños pobres algunas ropas y vestidos, cortados y cosidos por su mano; el delfin que siempre la acompañaba en estas caritativas escursiones, les decia á las buenas gentes de la cabaña: “¡Oh, qué bien lo he hecho hoy! papá me ha dado este luis, mamá este otro, y tía Isabel este, tomadlos todos para vosotros!” Y como al retirarse los dos preciosos niños los siguiesen hasta el dintel de la puerta aquellos á quienes habian socorrido, llenos los ojos de lágrimas y colmándolos de bendiciones, volviendo ellos el rostro con el ademán mas espresivo les decian:—“Entraos, entraos pronto! ¡que no os vean con nosotros!”

—“¿Qué habeis hecho de los tres luises que recibisteis esta mañana? preguntaba despues la reina al jóven delfin.—Pero, mamá, si yo los he dado á las pobres gentes de allá bajo.—Pues no teniais intencion de ir juntando la suma necesaria para comprar un bonito sable con puño de oro? replicaba la reina sonriendo de ternura y satisfaccion.—¡Oh, el sable con puño de oro! seria muy lindo sin duda; pero, mamá, mejor ha sido dárselo á mis pobres.—Vuestro hijo será lo mismo que vos; dijo entonces al rey con un acento dulce y penetrante, nunca llegará á reunir nada.—Cómo queréis que siendo uno rey, pueda guardar cosa alguna? replicaba el bondadoso Luis XVI: mi buen ayuda de cámara Clery, me decia dias pasados que muy pronto no servirian mis vestidos; que ya estaban todos muy raidos; pero qué quereis? el invierno se acerca, el pobre tiene hambre, y es preciso antes que todo, socorrerlo: tal vez en este año no tendrá el rey de Francia con que pagar á su sastre.

Agradaban mucho las flores al jóven delfin, pero era mas bien por adular el gusto de su madre que el suyo propio, así es que su mas dulce entretenimiento era cultivar un pequeño pedazo de tierra que le habian cedido en el Trianon, cerca de la lechería, construida de mármol blanco, á donde María Antonieta iba con mucha frecuencia, por tener el gusto de preparar con sus manos la taza de leche que ofrecia en seguida á su esposo.—En una ocasion de esas contaba el señor duque de Maillé, que habia visto á monseñor el delfin cavar la tierra con mucho afán, cerca de un jazmin de España, bajo un sol ardiente, que hacia caer de su rostro gruesas gotas de sudor; yo, añadia el duque, ofrecí llamar al jardinero para que hiciese lo que al príncipe tanto le fatigaba; pero el amable niño me replicó sonriéndose:—No, no, dejadme; que yo mismo quiero cuidar estas fleres que tanto le gustan á mamá, para que así le sean mas agradables.

En efecto, el tierno príncipe no dejaba un solo dia de bajar muy de mañana á su jardin para escoger las mas lindas flores y formar un ramille-

te que iba en seguida á colocar cerca del lecho de su querida madre, antes de que ella despertase—¡Oh, ya tenemos flores! pues por aquí ha de estar el delfin, decia entonces la reina abriendo los ojos, con estudiada intencion: vamos ¿en donde está? Que venga á recibir la *recompensa* de su mamá! “Al punto el delfin, que habia entrado con pasos de lobo en la estancia trayendo sus flores, y que se iba luego á ocultar en un rincon, agazapado y silencioso para no perturbar el sueño de la reina, salia corriendo con la alegría infantil pintada en su rostro, para presentarle la frente á su madre. La reina, apartando entonces sus hermosos bucles de rubios cabellos, depositaba un beso en aquella frente de ángel; y este beso era todas las mañanas, la dulce recompensa de su buena mamá.

¡Ah! muy pronto el pobre niño debia despedirse de aquel lindo jardin que tanto le deleitaba y que no volveria á ver jamas.

La insurreccion que rugia á las puertas de Versailles, se atrevió al fin á penetrar en el palacio hasta la misma cámara de los reyes. Entonces se obligó á la familia real á ir á habitar el de las Tullerías, para poder mas de cerca insultarla. El delfin, que en esta ocasion no tenia mas que siete años, pidió se le dejase ver su jardinito de Trianon antes de partir, y para consolarlo le dijeron que muy pronto volveria á verlo.—Pero entretanto que no esté yo aquí, no habrá quien riegue mis flores y ellas se marchitarán, añadió suspirando el jóven príncipe; si se marchitarán y ya no encontraré que ofrecerle á mamá cuando volvamos.—¡Cuándo volvamos...! repitió entonces la reina ocultando una lágrima.

II.

Ni el rey, ni la reina, ni el delfin volvieron al Trianon. Y aunque se concedió al real infante tener un pequeño jardin á la estremidad de un terraplen de las Tullerías, solo bajo la vigilancia de los guardias nacionales que custodiaban el palacio podia ir á cultivar sus rosas. El niño cortaba á veces algunas y dándoselas les decia. “Tomad, yo os las regalo, para que querais bien á mi papá: ¡ah! os ama tanto! ¡ama tanto al pueblo!”—“Vos lo sabeis; ¿no es verdad?”

Un dia le dijo el delfin á su madre: “Que, ¿no volveremos pronto á Versailles? el invierno se acerca y nuestros pobres nos esperan.—¡Dios también nos espera!” Tal fué la respuesta de la ilustre reina. Pero para consolar al pobre niño le ofreció que la acompañaria á las visitas que hacia cada semana á los hospicios y otras casas de beneficencia de la capital. El delfin iba, pues, frecuentemente á la de los niños espósitos; y seguido de dos lacayos que llevaban el dinero en los bolsillos, recorria todas las salas haciendo un pequeño donativo á cada uno de aque-

llos niños. ¡ Pobres criaturas! ¡ que infelices son! decía en voz baja volviéndose hácia la reina: ellos no tienen madre! ¡oh! ¡que dicha es tener como yo una madre!

¡ Una madre....! ¡ ah! el desdichado príncipe debía perderla muy pronto!—Al principio se habia dado por prision á la familia real la ciudad de Paris; pero poco tiempo despues ya no se le permitia salir de las Tullerías, y por último se la confinó á la horrible prision del Temple; esto fué el día 11 de Agosto de 1792. El delfin era todavía demasiado niño para poder comprender toda la estension de sus desgracias y por otra parte se procuraba disimular delante de él. Su hermana, por el contrario, que era de mas edad y dotada de una viva penetracion, lloraba sin cesar horas enteras, y en vano el delfin se esforzaba por consolarla.—¡ Vaya! ¡vaya! le decía, no llores tanto; Dios nos sacará de esta casa tan triste y volveremos al Trianon. Entonces se acrecentaba el llanto de María Teresa, y el rey, la reina y la virtuosa madama Isabel, mezclaban sus lágrimas á aquellas lágrimas inocentes.—Los miembros del que entonces se llamaba la *comune de Paris* entraban á cada instante en el lúgubre aposento de la familia real: el delfin que habia advertido la conmocion que su presencia causaba en el corazon de sus padres, llamando un día aparte á uno de ellos le preguntó por qué hacia llorar siempre á su mamá; á lo que aquel hombre respondió de un modo irónico, que ni el rey ni la reina llorarian ya mucho tiempo. El delfin que no podia penetrar el horrible sentido de esta respuesta, “lo veis, les dijo, como no son tan malos? He ahí uno que acaba de decirme que no llorareis por mucho tiempo.”

¡ Execrable ironía! En efecto, poco despues fué conducido el rey al cadalso, al que subió con la serenidad del justo y el valor de un mártir!

En el momento solemne de la última y dolorosa despedida de Luis XVI á su familia; cuando estrechaba por la vez postrera entre sus brazos á su amada esposa, á su tierna hermana y á sus dos tan queridos hijos, sintióse el delfin poseido de un terror repentino: se habia levantado todo el velo sangriento delante de sus ojos, y pasando de la calma de la inocencia á la mas horrible desesperacion, exclamaba con un acento de dolor penetrante: “¡ Oh! yo os suplico que me mateis, pero no mateis á mi papá!”—Habia caido de rodillas con el rostro pegado al suelo; cuando se levantó ya no encontró á su padre, los satélites de la tiranía popular se lo habian llevado!

Quedaba todavía su madre al real infante, pero no le duró mucho este consuelo. María Antonieta, igualmente arrastrada al suplicio, tuvo un fin no menos tierno y sublime que el de su augusto esposo. En fin,

su tia, á quien el llamaba con el dulce nombre de mamá—Isabel, tué tambien á su vez presa de los verdugos.

Pero antes de haber ejecutado estas dos últimas muertes, los bárbaros arrancaron al hijo del seno de su madre, y por un refinamiento de crueldad de que la historia presenta pocos ejemplos, hicieron creer á la reina que el delfin habia muerto. En efecto, la madre y el hijo habian muerto el uno para el otro!

Confióse á un villano llamado Simon, zapatero de viejo, la guarda y la educacion del real niño, con órden especial de embrutecerlo y perturbar su jóven razon; y para cumplir con este horrible mandato el infame Simon, daba de golpes y colmaba de malos tratamientos á aquel infortunado niño, á quien de lejos saludaban las potencias de Europa con el nombre de Luis XVII.—Obligábale á veces á beber licores fuertes, que él siempre rechazaba con repugnancia y disgusto; y si su débil cuerpecito se inclinaba tembloroso bajo la mano que lo martirizaba brutalmente, su corazon en que llevaba grabadas las lecciones de su madre, oponia siempre una resistencia admirable. Un día lo encontró el odioso carcelero puesto de rodillas, con las manos juntas y elevadas al cielo.—“¿ Qué haces tú ahí? le dijo con terrible acento.—Perdonadme, respondió la tierna víctima, estoy rogando á Dios por mi papá y por mi mamá.”

Furioso al oír pronunciar el nombre de la divinidad por unos labios tan puros é inocentes, y sintiendo con este nombre tan formidable para el malvado todos los terrores de una conciencia culpable, dió al pobre niño tan fuerte puñetazo que lo hizo caer sobre las baldosas del suelo: partióse con el golpe la noble frente del pequeño rey mártir, y su sangre mezclada con sus lágrimas inundó todo su semblante: fué necesario aunque por mera fórmula llamar á un cirujano; y viendo en este hombre las mismas maneras duras, el mismo aspecto feroz que en los demas que le rodeaban, conmovido el jóven rey le presentó una pera que habia reservado de su miserable comida, diciéndole: “Yo no puedo ofreceros mas que esta fruta como prueba de mi reconocimiento; aceptadla, yo os lo ruego; ¡ me dareis en ello tanto placer!”

Simon tenia su modo de manifestar á su jóven prisionero lo que él llamaba su contentamiento y satisfaccion; y un día le llevó con este motivo una guillotina pequeña semejante en todas sus partes á la que habia servido para decapitar á la augusta familia del desgraciado huérfano. A la vista de aquel odioso juguete Luis Cárlos retrocedió temblando de horror, y empujándola con el pié exclamó.—“¡ No! ¡ no! vos me hareis favor de que no toque eso. . . . que no lo vea. . . .!”—“¿ Cómo no! Tú lo verás y lo tocarás, como yo lo he tocado.” El niño retrocedia siempre

apretándose fuertemente contra la pared; tomando entonces Simon con una mano el instrumento del suplicio y asiendo con la otra por los cabellos al joven rey, le forzó á besar con sus labios inocentes aquella espantosa imágen.

¿Se creerá lo que vamos á decir? pues bien; todavía no pareció este monstruo bastante cruel y feroz á los tiranos que esclavizaban á la Francia: los que habian inmolado al padre, á la madre, á los parientes y amigos del infortunado Luis, retrocedian á la idea de la muerte jurídica de un niño á quien no se podia hacer ni un interrogatorio; y por otra parte, ¿cómo podia llevarse tampoco á este débil ser al cadalso? hubiera sido necesario que alguno le tomase en sus brazos para colocar la joven cabeza bajo la cuchilla fatal, y entonces, quizá un sentimiento de horror y de indignacion hubiese salvado al heredero de tantos reyes! así á lo menos le temieron aquellos bárbaros republicanos.

Un miserable, llamado Chabot, no habia dicho en una ocasion públicamente, que la muerte de Luis XVI debia ser un negocio que se tratase con algun mercader de drogas y de venenos? El zapatero Simon, contenido algun tanto por su muger, menos cruel que él, no se habia atrevido sin embargo á envenenar el alimento del real prisionero; pero habiéndose reemplazado á Simon, no hubo ya desde entonces una hora sola de sueño para el pobre mártir. Al momento que se cerraban sus agobiados párpados, un guardian de su vigilia le tiraba brutalmente por el brazo gritándole: “Capeto, qué es eso? ¿te duermes?” Cada dia se esperaba que no pudiera ya responder, y en efecto, el 20 de Junio de 1795, no respondió mas á aquel horrible llamamiento.

¡El niño mártir está en el cielo como un ángel en medio de los ángeles!!!

LONGCHAMP.

SAN Luis hizo donacion á su hermana Isabel de Francia, de una suma poco mas ó menos de 400.000 francos de nuestra moneda. La princesa que deseaba erigir un monasterio, hizo para el efecto la adquisicion de un campo, mas bien largo que ancho, llamado *Longchamp*, que se extendia sobre la ribera derecha del Sena. La abadía, pues, de Longchamp fué fundada en este sitio en 1220, bajo la denominacion de la *Humildad de Nuestra Señora*.

Cuando aun era joven el rey Luis XV, María Leckzinska, su esposa,

determinó ir á pasar á la abadía algunos dias de la Semana Santa en piadosos ejercicios. Asistiendo el rey el viernes santo á las tinieblas, se cantaron las lamentaciones de Jeremías por las religiosas, cuyas voces eran tan hermosas y tan puras, que el monarca se sintió vivamente conmovido de oirlas. En el año siguiente volvió á asistir al oficio, acompañado de la reina y de toda la corte. Las voces mas escogidas entonaron las *lecciones*, y cada uno de los asistentes ponderaba la belleza de estos cánticos sagrados, á lo que el rey les decia despues: “¿No os lo habia yo dicho que no podia darse cosa mas admirable?” La corte, en fin, estableció la costumbre de ir todos los años el miércoles, jueves y viernes santos, á oír cantar los oficios por las religiosas de Longchamp, y la ciudad de Paris tomó parte en esta costumbre. Una multitud compuesta de todas las clases, se veia en esos dias invadir el camino de Longchamp.

La revolucion de 93 lo hizo desaparecer todo, pero cuando volvió á aparecer la calma en Francia, se volvió á emprender el paseo á Longchamp. Mas ¡ah! la abadía que habia servido de objeto á este placer, habia sido arrancada desde sus cimientos por la tormenta revolucionaria!

Si hoy vais alguna vez á Longchamp, vereis allí una aldea, ó mas bien un cortijo: entrad; y si el sol de Abril os hace desear algun refresco, hallareis una taza de buena leche; por lo demas, podreis ver algunas ruinas y muchas piedras esparcidas: hé ahí todo lo que queda de la *abadía real de Longchamp*.

LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ.

DESPUES de la muerte del Salvador, quedó su Cruz abandonada sobre la cima del Calvario. Unos hombres poderosos llamados los romanos, se hicieron dueños de todo el pais de Judea, y despues de una horrible matanza en sus naturales, pusieron fuego al templo de Jerusalem y destruyeron de tal modo la ciudad, que se formó una plaza en donde antes se elevaban las murallas y fortificaciones. Hé aquí, mis queridos niños, cumplida en todas sus partes la tremenda profecía sobre el destino de aquel pueblo que despues de haber colmado de ultrages al Hijo de Dios, lo habia crucificado inicuaamente.

Los romanos eran idólatras, pues que adoraban estatuas de oro, plata, ú otra materia, construidas por ellos mismos; y como no creian en Jesu-